

“Se les dobló el caño, perdieron el honor”

Prácticas, representaciones y valoraciones en relación con la participación de jóvenes en *robos* y en el *mercado de drogas ilegalizadas* en un barrio popular de la ciudad de Rosario*

“*The barrel of their gun is bended, they’ve lost their honor*”: practices, representations and evaluations related to the participation of the youth in *thefts* and in the *market of illegalized drugs* in an urban-popular neighborhood in the city of Rosario

RECIBIDO: 9/3/18
ACEPTADO: 15/5/18

Eugenia Cozzi

Universidad Nacional de Rosario

eugecozzi@hotmail.com

Resumen

Este artículo se propone describir y analizar algunas prácticas, representaciones y valoraciones ligadas a la participación de jóvenes en algunos *delitos*, en la ciudad de Rosario. Para ello se identifican y describen la participación en *robos* y en actividades ligadas al *mercado de drogas ilegalizadas* por parte de un grupo de jóvenes de un barrio popular de dicha ciudad. Interesa, especialmente, indagar cómo son valoradas por sus protagonistas, tanto la participación en una y otra actividad, para poder iluminar un complejo y contradictorio universo de creencias, códigos y valores morales que de alguna manera configura prácticas y acciones. En estos procesos, ciertas formas de obtención de prestigio social y búsquedas de reconocimiento, negados o difícilmente accesibles en otros ámbitos sociales, tienen particulares implicancias (Fonseca, 2000; Pitt-Rivers, 1977, Bourgois, 2003), a partir de las cuales se establecen formas de “ser” y “hacer”, valoradas positivamente—legitimadas—o negativamente por quienes pertenecen al grupo. Estas prácticas son entendidas, además, como formas de “resistencias”, “soluciones”, “aceptaciones” y/o “confrontaciones” a contextos de desigualdad y exclusión social, en los que sufren experiencias de humillación, de explotación económica y opresión política (Fonseca, 2000; Bourgois, 2003; Young, 1999/2003; Kessler, 2013; Cozzi, 2015).

Abstract

This article proposes describing and analyzing some moral practices, representations and evaluations linked to the participation of the youth in *criminal offenses*, in an urban-popular neighborhood in the city of Rosario. For this purpose, this article identifies and describes the participation in *thefts* and in activities linked to the *market of illegalized drugs* of young people who live in the abovementioned neighborhood. It is of great interest to look into the way they are evaluated by the protagonists participating in either one activity or the other so as to be able to enlighten a complex and contradictory universe of beliefs, codes and moral values that, in some way, configures practices and actions. Throughout these processes, the search for recognition and certain ways of obtaining social prestige, denied and/or hardly accessible in other social contexts, have particular implications (Fonseca, 2000; Pitt-Rivers, 1977, Bourgois, 2003) on the basis of which, certain forms of “being” and “doing”, valued positively—legitimized—or negatively by those belonging to the group, are established. At the same time, these practices are understood as forms of “resistances”, “solutions”, “acceptances” and/or “confrontations” to contexts of inequality and social exclusion from where they are originated and where experiences of humiliation, economic exploitation and political oppression are endured (Fonseca, 2000; Bourgois, 2003; Young, 1999/2003; Kessler, 2013; Cozzi, 2015).

* Este artículo está elaborado en base a mi Tesis de Doctorado titulada: “*De ladrones a narcos: violencias, delitos y búsquedas de reconocimiento en tres generaciones de jóvenes en un barrio popular de la ciudad de Rosario*”, Programa de Doctorado con Orientación en Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. 2018. Mimeo.

Introducción

En los últimos años, se fue consolidando una imagen de Rosario como “ciudad narco”, como consecuencia, en parte, de que varios actores sociales (policía, funcionarios políticos y judiciales, organizaciones sociales o políticas, periodistas, especialistas) caracterizaron a la ciudad como el epicentro del “avance del narcotráfico” en nuestro país. Por otra parte, a lo largo del trabajo de campo las actividades ligadas al mercado de drogas ilegalizadas—especialmente marihuana y cocaína—(producción, tráfico y comercialización al menudeo) aparecieron de manera destacada en todos los relatos; es decir, residentes adultos y jóvenes del barrio resaltaron cómo en las dos últimas décadas, por diversos motivos, se habían convertido en prácticas cada vez más frecuentes y extendidas, generando nuevas alternativas relacionadas a los eslabones más débiles y vulnerables de esa cadena.

Las condiciones de posibilidad de las actividades e intercambios relacionadas a ese novedoso rubro están, de algún modo, vinculadas a factores externos, ligados a procesos políticos y económicos macro-estructurales que tienen efectos en la configuración de las biografías de algunos de estos jóvenes. Es decir, su participación en estas actividades estuvo signada por cambios tanto en la forma de producción y comercialización de ese mercado—especialmente la cocaína—en un contexto de recuperación económica (Bergman, 2016; Kessler, 2013/2014), como en la moralidad asociada a esa forma de producción y comercialización.

Ahora bien, aproximarse a esas transformaciones más generales acarrea serios obstáculos. En este sentido, una de las dificultades, sumada—y relacionada en parte—al carácter ilegal de muchas de las actividades ligadas a este mercado, resultar ser la escasa cantidad y calidad de información y estudios sobre el tema, a pesar de la proliferación de publicaciones sobre “narcotráfico”; por lo que, en consecuencia, sólo se pueden mencionar tendencias o trazos gruesos de las diversas aristas que lo componen. La información disponible suele ser escasa, fragmentaria, poco sustentable y, muchas veces, contradictoria (Bergman, 2016; Touzé, 2008; Rangugni, 2006; Corbelle, 2010).

No obstante, a pesar de la escasez y mala calidad de la información disponible y de los pocos estudios sobre el tema; en términos generales y con matices, varios autores advierten una transformación y expansión del mercado—producción, tráfico y comercialización—de drogas ilegalizadas, acompañado por una sostenida expansión, diversificación y masificación del consumo local de drogas ilegalizadas en las últimas décadas (cocaína y marihuana, entre otras) (Touzé, 2006; Bergman, 2016; Dammert, 2009; Saín, 2015; Calabrese, 2010; Corbelle, 2010; Epele, 2012), en un contexto de recuperación económica y de expansión de consumo de bienes y servicios en general, en las últimas décadas (CELS, 2016; Bergman, 2016; Touzé, 2008; Rossi, 2014; Rangugni, 2006; Corbelle, 2010; Dammert, 2009; Epele, 2002/2010; Burzaco y Berensztein, 2014, entre otros). Dicho crecimiento vio florecer no sólo la economía formal, sino también la economía informal e ilegal, incluida la venta de drogas ilegalizadas.

De acuerdo a algunos estudios, en la última década se produjo un desplazamiento de la última fase de la producción del clorhidrato de cocaína, el último eslabón del proceso

productivo, con la instalación de cocinas en las que se procesa o se estira la pasta base que comenzó a importarse, en ciertas zonas de algunas ciudades del país, entre ellas Rosario y con la proliferación de laboratorios que producen precursores químicos; lo que habría generado una expansión y transformación del mercado local (Saín, 2015; Rangugni, 2006; Touzé, 2008/2010; Bergman, 2016; Lasa, 2015; Font, 2011).

En buena medida estos cambios en el mercado de cocaína, a principio y mediados de los años 2000, se han atribuido a políticas prohibicionistas desarrolladas en la década anterior, impulsadas por la Secretaría de Programación para la prevención de la drogadicción y la lucha contra el narcotráfico (SEDRONAR) y centradas en el control efectivo de la exportación de precursores químicos necesarios para el procesamiento de la pasta base de cocaína; que hasta ese momento se trasladaban en grandes cantidades a Bolivia y Perú (Rangugni, 2006). Las medidas de control—más o menos efectivas—en los años 90 se supone generaron la sustitución del ingreso de cocaína elaborada, por el de pasta base; y en consecuencia, el traslado de la última fase de producción a diversas ciudades de nuestro país, entre ellas Rosario, con la instalación de las primeras cocinas. Se produjo así una re-territorialización del circuito cultivo-producción-exportación (Rangugni, 2006).

Esto se supone generó una mayor y más compleja distribución del trabajo en relación a tramos de las actividades vinculadas a la producción, tráfico y venta—especialmente de cocaína—con la configuración de variados puestos y roles, relacionados a diversos eslabones de esa cadena, con diversa participación en las ganancias del negocio. De este modo, cambios en el mercado de drogas generaban nuevas alternativas disponibles para los jóvenes. Ahora bien, estas nuevas alternativas ¿podían funcionar como fuentes atractivas de ingresos, poder, reconocimiento y prestigio para los jóvenes? ¿Competían con las opciones de trabajo legales—formales e informales—disponibles y también con formas ilegales más tradicionales, como el hurto y el robo?

Durante el año 2013, mientras estaba realizando el trabajo de campo fui varias veces al archivo de *La Capital*, el diario de mayor tirada de la ciudad de Rosario, a relevar noticias sobre muertes de jóvenes en enfrentamientos físicos con la utilización de armas de fuego. En una de esas visitas al archivo me encontré con un periodista de policiales, no nos conocíamos personalmente pero él estaba al tanto de que yo quería investigar “los pibes [jóvenes] que matan y mueren en la ciudad” tal como caracterizó mi interés. Periodista de policiales de varios años de profesión, de esos que no confían en la versión policial y—siempre que pueden—van “al lugar de los hechos” a intentar relevar otras versiones.

Me saludó, nos pusimos a charlar y al rato me dijo “en Rosario ya no quedan ladrones, todos se pasaron a la venta de drogas, es mucho más seguro y mucho más redituable, ahora todos los pibes [jóvenes] quieren ser narcos”. Esa afirmación quedó retumbando en mi cabeza. ¿Era cierto que todos querían ser “narcos”¹? ¿Por qué? ¿Es acaso porque

¹ Es preciso realizar una distinción en relación al término *narco*. Por un lado, es una categoría local utilizada para mencionar a quienes participan en una determinada posición en el *mercado de drogas ilegalizadas*, en este caso—al igual que con el resto de los términos nativos—utilizo la cursiva. Por otro lado, “narco” o “narcotráfico” en su uso cotidiano por diversos actores sociales—periodistas, expertos, policías, funcionarios, jueces, fiscales—son categorías que incluyen acciones, transacciones, prácticas y actores muy diversos y dispares; y, suelen estar asociadas y/o utilizarse como auto-explicativas de diversos fenómenos; en este segundo caso, utilizo las comillas.

participar en el *mercado de drogas*² *ilegalizadas*³ resulta más redituable? Si es así ¿en qué sentido resulta una actividad más redituable para los jóvenes de sectores populares? ¿En términos económicos? ¿Les permite acumular en términos de honor y prestigio social o son, en cambio, fuente de vergüenza y desprestigio? ¿Acaso el *robo*, tradicional actividad delictiva, había perdido sus encantos? ¿Y qué pasaba con otras formas socialmente legítimas de “ser jóvenes”, vinculadas a actividades más convencionales, como el trabajo legal—formal o informal—o la escuela?

En este artículo ensayo algunas respuestas a algunas de esas preguntas, describiendo y analizando algunos cambios ocurridos en un grupo de jóvenes que llamaré *Los Topos*⁴ de un barrio popular de zona sur de la ciudad de Rosario, que llamaré *La Retirada* que participan de manera alternada en *robos* y en actividades ligadas al *mercado de drogas ilegalizadas*. El propósito es indagar cómo son valoradas por sus protagonistas tanto la participación en uno u otro *rubro* y de este modo iluminar un complejo y contradictorio universo de creencias, códigos y valores morales que de alguna manera configura prácticas y acciones. Parto del supuesto de que en la participación en estas actividades, las búsquedas de reconocimiento y obtención de prestigio social, tiene particulares implicancias (Fonseca, 2000; Pitt-Rivers, 1977), a partir de las cuales se establecen formas de “ser” y “hacer”, valoradas positivamente—legitimadas—o negativamente por quienes pertenecen al grupo. De este modo, el *honor* de los jóvenes se pone en juego participando de una u otra actividad.

Participar en estas actividades, situaciones y/o intercambios puede tener entonces efectos productivos, en determinadas circunstancias, en tanto formas de construcción de una auto-imagen aceptable; es decir, a través de un código de honor se da la posibilidad de enaltecer la auto-imagen conforme a normas sociales accesibles (Fonseca, 2000). Fonseca sugiere pensar el sistema de valores o el universo simbólico de los habitantes de una comunidad de bajos ingresos en términos del espacio social que ocupan en la sociedad de clases, y la cuestión de la “honra” como el elemento simbólico específico, que regula el comportamiento y, además, permite ennoblecer la propia imagen según las *normas socialmente establecidas*.

Ahora bien, resulta imprescindible situarlo en un contexto cultural, social y estructural más general (Billis, 1978; Young, 1999; Zaluar, 1985; Fonseca, 2000; Bourgois, 2003; Feltran, 2009; Kessler, 2013; entre otros). Es decir, por un lado, es preciso resaltar que ese universo simbólico no es construido en el vacío, “no estamos ante un libre flujo de significaciones” (Balbi, 2007) sino que está condicionado por valores hegemónicos o estandarizados, por “sentidos socialmente respaldados” (Balbi, 2007). Las valoraciones sobre las formas de hacer, sobre cuáles prácticas aparecen toleradas, aceptadas y/o

² Actividades vinculadas a la producción, tráfico y comercialización de *marihuana* y *cocaína*, en el mercado local.

³ Utilizo el término “ilegalizadas” a “ilegales” para poder dar cuenta de los procesos sociales complejos que las vuelven ilegales; es decir, que producen la prohibición penal de la producción, tráfico, comercialización y/o consumo de determinadas sustancias; como, a su vez, los procesos sociales de definición surgen de la iniciativa de determinados actores sociales y/o grupos, “*emprendedores morales*” en términos de Becker (2009).

⁴ Los nombres, apellidos y apodos de las personas, de los grupos y los barrios, de lugares, calles, plazas que se mencionan en este artículo han sido modificados para garantizar anonimato y confidencialidad.

censuradas y rechazadas, se construyen con elementos disponibles en el contexto social y cultural más general⁵.

Por otro lado, no es posible entender estas formas de construcción de prestigio social y honor, estas búsquedas de reconocimiento, sin situarlas como formas de “resistencias”, “soluciones”, “aceptaciones” y/o “confrontaciones” a contextos de desigualdad y exclusión social en las que se producen, en los que se sufren experiencias de humillación, de explotación económica y opresión política (Billis, 2008; Zaluar, 1985; Fonseca, 2000; Young, 1999/2003; Bourgois, 2003; Feltran, 2009; Kessler, 2013). Es decir, se trata de formas de construcción de reconocimiento social en los espacios sociales en los que les resulta posible, lo que también da cuenta de que ello les es negado en otros; se trata, entonces, de formas de afrontar experiencias de humillación que los jóvenes sufrieron en la escuela, al circular por la ciudad, en sus interacciones cotidianas con la policía, y, especialmente, en el mundo laboral legal—formal e informal—, ocupando los puestos más opresivos y peores pagos.

Al decir de Bourgois, son formas de resistencia, estrategias contradictorias, atractivas y—muchas veces—al mismo tiempo autodestructivas para hacer frente a la opresión que fuerzas más grandes les imponen (2003: 48). O, al decir de Fonseca, son formas de enfrentar experiencias de humillación sufridas en la “sociedad global” (2000: 19). Sostiene esta autora que esas personas se identifican y son identificados por otros como situados en el nivel más bajo de la jerarquía social y que por estar integrados en la sociedad global, esa condena moral por parte del mundo exterior los persigue en numerosas situaciones cotidianas; contexto en el cual los sectores populares sufren experiencias de humillación, en la escuela, en el transporte público, en el área de empleo. Reconoce, entonces, dificultades de enaltecer la propia imagen a través de los trabajos a los que pueden aspirar, esto es los trabajos manuales más bajos en la escala convencional de prestigio. Describe “vivir de ocho a diez horas por día en la evocación constante de su inferioridad en nada contribuye a enaltecer la propia imagen” (Fonseca, 2000: 30).

De este modo, para muchos jóvenes aparecen fuertes dificultades para lograr una autoimagen atractiva y reconocimiento social a partir de las instituciones convencionales, especialmente el trabajo legal—formal e informal—; pero, también a partir de algunas actividades delictivas, como la venta al menudeo de drogas ilegalizadas, como desarrollo en este artículo. Esos materiales para construir honor se encuentran difícilmente accesibles o resultan poco atractivos, siendo la más de las veces experiencias de humillación y opresión⁶. Se identifican en cambio actividades, situaciones y/o intercambios—legales e ilegales—que funcionan como mecanismos grupales, creativos y significativos, para generar alternativas accesibles para la construcción de reconocimiento, respeto y status de quienes se encuentran excluidos. Paradójicamente, en esos intentos de hacer frente a esas experiencias de opresión y humillación estos jóvenes reproducen esas mismas dinámicas (Billis, 1978; Bourgois, 2003; entre otros).

⁵ Una serie de estudios desde la sociología del delito y la criminología ha prestado atención a estas cuestiones, para mayor detalle sobre esa discusión ver Becker, 2009; Matza 1990/1969 y Matza y Sykes, 1957/1961. Sobre esto también trabajé en mi tesis de maestría, Cozzi (2013a/2015).

⁶ Afirma Young “si hay de hecho “seducciones de la delincuencia” como Katz (1988) lo sugiere, entonces estas seducciones son más dulces debido a la miseria de las alternativas” (Young 2003).

El artículo está organizado de la siguiente manera: en primer lugar, menciono cómo realicé el trabajo de campo. Luego, describo brevemente el grupo de jóvenes con el que trabajé. En segundo lugar, describo y analizo cuáles y cómo fueron los cambios que se produjeron en el grupo a partir de la muerte de uno de ellos y de la participación de otro joven en actividades ligadas al mercado de drogas ilegalizadas. Seguidamente analizo como fueron valoradas estas transformaciones dejando en evidencia cómo el honor se pone en juego en estos procesos. Finalmente, presento algunas conclusiones.

Del trabajo de campo

Comencé a trabajar a estudiar e investigar sobre la participación de jóvenes de sectores populares en actividades delictivas en el marco de un proyecto de cooperación internacional, denominado “intervención multiagencial para el abordaje del delito en el ámbito local”, desarrollado por la entonces Secretaría de Seguridad Interior de la Nación, en el marco del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD-SSI), implementado en barrios de la ciudad de Santa Fe, desde agosto de 2008 a diciembre de 2010⁷. El responsable provincial de la implementación y socio principal del proyecto fue la Secretaría de Seguridad Comunitaria (SSC) del Ministerio de Seguridad. El objetivo principal era promover la implementación de políticas integrales de seguridad con énfasis en la prevención, reconociendo la complejidad y multicausalidad de la problemática abordada (Font, Ales y Schillagi, 2008).

A partir del mes de Julio de 2009 comencé a trabajar en la SSC como Directora provincial de Planificación y Evaluación, función que ocupé hasta abril de 2011. Desde esa área política con el equipo de trabajo de PNUD-SSI y de la SSC lideramos las estrategias de inclusión sociocultural con jóvenes para la prevención del delito y reducción de la violencia, realizadas en los mismos barrios en donde se venía implementando el Proyecto PNUD-SSI a los que se sumaron barrios en la ciudad de Rosario. Con el tiempo, dichas estrategias constituyeron una de las principales líneas de trabajo durante nuestra gestión y conformaron el “Programa de Inclusión Sociocultural con jóvenes para la prevención del delito y reducción de la violencia”, liderado por la SSC, en el marco del Gabinete Social provincial, desde el mes de diciembre del año 2009 al mes de diciembre del año 2011 (Font, Cozzi y Broglia, 2011).

Durante esos años y en este marco, comencé a trabajar en *La Retirada* un barrio popular de la ciudad de Rosario y conocí a algunos jóvenes que participaban en estas actividades. No fue nada fácil vincularnos con ellos, para lo cual nos dimos diversas estrategias. En líneas generales, el contacto inicial lo realizamos en los lugares donde estos jóvenes habitualmente estaban—la *esquina*, el *pasillo*, la *plaza*—a través de referentes barriales que los conocían y funcionaban como una especie de “presentadores” y/o “traductores locales” de nuestra propuesta. La presencia sostenida en los barrios resultó un elemento clave en términos de consolidación de vínculos de confianza.

En el mes de abril del año 2011 renuncié al cargo en la SSC, por haber obtenido una beca de doctorado de CONICET y continué realizando actividades de investigación,

⁷ En este proyecto participé como consultora local durante el primer año de ejecución.

manteniendo el vínculo con varios grupos de jóvenes y referentes sociales del barrio. Así iniciaba una segunda etapa del trabajo de campo, ahora como investigadora de la universidad; tuve que aclarar, entonces, mi “nueva” pertenencia institucional y cómo habían cambiado los motivos por los que estaba en el barrio e incluso mi vínculo de trabajo.

Durante los años 2012 y 2013 visité esporádicamente *La Retirada* y a algunos referentes y grupos de jóvenes que ya conocían mi trabajo en la SSC. Algunas veces, se dieron encuentros casuales con los jóvenes y nos quedamos charlando varias horas en los lugares que cotidianamente habitan—la *esquina*, el *pasillo*, la *plaza*, la *cancha de fútbol*—o en los patios de sus casas. En otras oportunidades las visitas fueron coordinadas con anterioridad. Durante los años 2014 y 2015 las idas al barrio se hicieron mucho más frecuentes, llegando a veces a más de una por semana. En esta segunda etapa, conocí a personas entre treinta y cincuenta años de edad, que habían participado—algunas de ellas lo seguían haciendo—de *robos* y, también, en actividades vinculadas al *mercado de drogas ilegalizadas*. Hasta ese momento, en gran medida sólo había conocido a jóvenes del ambiente de quince a veinte años de edad, aproximadamente, quienes estaban en esos momentos participando en esas actividades o comenzaban a hacerlo.

Si bien el trabajo de campo estuvo en gran parte centrado en conocer, entrevistar—individual y grupalmente—y compartir diversas actividades y situaciones con jóvenes que participaban de actividades delictivas, significó también muchas otras tareas. Durante los años 2014 y 2015 conocí, entrevisté y conversé en reiteradas ocasiones—de manera individual y en grupo—a otros jóvenes de *La Retirada*, que no participaban de manera directa en esas actividades; las conversaciones se dieron en la escuela secundaria del barrio y/o en otros talleres de capacitación para jóvenes. Realicé, además, una serie de entrevistas en profundidad a otras personas que viven en *La Retirada*, algunos de ellos referentes barriales, a personas que trabajan o trabajaron en distintas instituciones del barrio—escuelas, centro de salud, áreas sociales—, al comisario que estuvo varios años a cargo de la subcomisaría del barrio y a personas que sin vivir, ni trabajar en el barrio tenían un conocimiento particular—me refiero a periodistas de policiales y abogados penalistas.

Los modos de presentarse configuran la escena donde las historias se cuentan, así quien presenta modifica significativamente la puerta de entrada de la investigación (Feltran, 2011). Sin lugar a dudas, las distintas pertenencias institucionales desde los cuales desarrollé la investigación, especialmente en la primera etapa, colaboró y facilitó mi entrada, pero al mismo tiempo me ubicó en un lugar particular, no neutral, que requiere ciertos cuidados y reservas (Tiscornia, 2008). Es decir, la forma en que construí los vínculos con estos jóvenes me permitió ver y conocer algunas cuestiones y no otras.

Sin embargo, considero que permanecer en el barrio durante casi seis años me permitió observar e interactuar en diversas situaciones (en un encuentro casual en la calle, en un taller de emprendimientos productivos, respondiendo ante un hecho de violencia policial, en una visita a la cárcel, ayudando a alguien a resolver un problema, entre otras), que no son obviamente todas las de las vidas de los jóvenes pero que son significativas en cuanto a su variedad y diversidad. Mantener vínculos con los jóvenes durante todo

ese tiempo, me habilitó un contexto de confianza, me permitió conocer y comprender entre otras cuestiones sus experiencias y a partir de ahí reconstruir prácticas, representaciones y valoraciones ligadas a su participación en *robos* y en el *mercado de drogas ilegalizadas*, entre otras.

Los topos

A *Los Topos* los conocí a principio del año 2011, nos lo presentó un joven del barrio. Por ese entonces *paraban*⁸ en una esquina donde funcionaba un salón de video juegos, donde escuchaban cumbia romántica alternando con rock nacional. *Los Topos* era un grupo de jóvenes sumamente numeroso y con una composición heterogénea; sin embargo, los unía ese lugar de encuentro para fumar, tomar bebidas alcohólicas o gaseosas, consumir drogas—*marihuana* y *cocaína*—o simplemente pasar el rato. Todos eran varones, de muy variadas edades, que iban desde los quince años hasta los treinta y cinco años. Algunos de ellos ya habían sido padres.

Los más grandes trabajaban en empleos informales e inestables, como *peones* en la industria de la construcción, principalmente, como albañiles o pintores. Otros, los menos, tienen empleos registrados en fábricas de la zona. Solían jugar al fútbol en descampados ubicados en esa misma zona del barrio, que habían limpiado y colocado arcos, y funcionaban como *canchitas*. Algunos, por lo general, los más jóvenes, a veces salían a *robar* fuera del barrio o sobre la autopista que lo delimita. Algunos de ellos, a veces, *andaban a los tiros*⁹ con otros *grupos* de jóvenes del barrio o de barrios cercanos, con quienes tenían *bronca*¹⁰.

Los volví a contactar a mediados del año 2014. Seguían juntándose en la misma esquina que cuando los conocimos años atrás. El grupo seguía siendo sumamente heterogéneo en cuanto a edades y actividades, pero seguía integrado exclusivamente por varones. Meses atrás de ese nuevo encuentro, unos jóvenes que pertenecían a *Los Payeros* (otro grupo de jóvenes del mismo barrio) habían matado a uno de los jóvenes del grupo. Frente a la esquina donde se juntaban, habían blanqueado una pared y pintado con letras negras: *Jacinto Siempre Presente*.¹¹

Entre ellos estaban los hermanos *Mansilla: El Viejo y Cristo*, quienes vivían con su mamá y sus hermanas, muy cerca de la esquina donde *paraban*. *El Viejo* era muy conversador, gracioso carismático y tenía un fuerte liderazgo en el grupo; *Cristo*, en cambio, era muy tímido, hablaba muy poco y también era muy querido entre *Los Topos*. Vivieron en el barrio desde que nacieron, su familia había llegado a *La Retirada* con los

⁸ Los jóvenes refieren de este modo al hecho quedarse durante varias horas, siempre en el mismo lugar, consumiendo bebidas o *drogas* compartiendo algún cigarrillo, o sólo pasando el rato.

⁹ Me refiero a disparar armas de fuego contra otros jóvenes.

¹⁰ Para los jóvenes con quienes trabajé la categoría *bronca* tiene varias acepciones. Por un lado, con *tener broncas* refieren a la posibilidad real de sufrir enfrentamientos armados con otros jóvenes o grupos de jóvenes, entre quienes ya ha habido intercambio de disparos de armas de fuego o amenazas de intercambios entre algunos de sus integrantes, por diversos motivos—muchos de ellos descriptos como faltas de respeto o agravios al honor—y en diversas situaciones. Por otro lado, *tener bronca* con algunos jóvenes o grupos señala que algunos de sus integrantes han matado a alguno de los integrantes del otro grupo, sintetizado en la frase “hay muertos de por medio”. Finalmente, los jóvenes refieren como *la bronca* a los grupos de jóvenes con los que están enfrentados, por un lado; y al conflicto que originó el despliegue de la violencia, por otro lado (Cozzi, 2015).

¹¹ Varias jóvenes murieron en manos de otros jóvenes durante la investigación y en muchas ocasiones otros jóvenes, días después de la muerte, realizaron murales recordatorios de sus amigos muertos.

traslados forzosos durante la dictadura cívico militar (Oszlak, 1991; Maceratini, 2013). Ambos fueron a la escuela primaria en el barrio y abandonaron la escuela secundaria. Tenían dos hermanos varones mayores presos, *Hernán*, uno de ellos había estado involucrado con *Los Montero* (célebre *banda* de un barrio cercano vinculada a la comercialización al menudeo de drogas ilegales, especialmente *marihuana* y *cocaína*).

Los dos hermanos pasaban muchas horas en la esquina junto a sus amigos, que sólo abandonaban para ir a jugar al fútbol. *El Viejo* con veintidós años de edad afirmó en varias oportunidades que nunca había trabajado; sin embargo, nos contó que junto a otros amigos de *Los Topos* había trabajado armando escenarios para recitales. A veces, salía a robar fuera del barrio o *andaba a los tiros* contra otros grupos de jóvenes, actividad esta última que se acentuó luego del asesinato de su amigo *Jacinto*. Hasta ese momento *Cristo* no participaba de esas actividades, ni de robar, ni de *andar a los tiros*, era tranquilo y no tenía *broncas* con nadie, sólo compartía la esquina.

La muerte del *Viejo* y la transformación de *Cristo*

A fines del año 2014, entre navidad y año nuevo, mataron a *El Viejo*. Me enteré de su muerte cuando había ido al barrio a saludar por las fiestas una tarde de diciembre de ese mismo año. No había leído ninguna noticia en el diario. Lo mataron en un barrio cercano, en el cual vive otro de sus hermanos. Según contaron sus amigos, *El Viejo* no tenía una *bronca* previa con los jóvenes que le dispararon. Había ido a la tarde a ese barrio, junto a su hermano *Cristo* y discutieron con otros jóvenes de ahí, los motivos no parecen claros y terminaron *a los tiros*.

Pocos días de la muerte de *El Viejo*, sus amigos de *Los Topos* juntaron dinero, blanquearon nuevamente la pared donde decía: *Jacinto Siempre Presente* y pusieron los nombres de sus amigos muertos con la siguiente frase: *El dolor de haber perdido a dos grandes amigos no nos hará olvidar los buenos momentos que hemos compartido. Jacinto y El Viejo Presentes*. Después de la muerte de *El Viejo*, el grupo cambió significativamente, dejaron de juntarse en la esquina habitual y empezaron a *parar* en frente, en la vereda de la vivienda de otro de los jóvenes. El grupo se redujo, algunos contaron que se dividió. Muchos jóvenes se alejaron y otros tomaron otros rumbos. Algunos se mudaron de barrio.

La muerte de *El Viejo* impactó fuertemente en la biografía de *Cristo*. Poco tiempo después, recuperó la libertad *Hernán* uno de los hermanos que estaba preso. Meses después, según contaron, *Cristo* habían comenzado a vender *cocaína* y *marihuana* con su hermano *Hernán* en su casa, y su mamá y sus hermanas se habían mudado del barrio. Los jóvenes de *Los Topos*, amigos de *Cristo*, dejaron de frecuentar su casa, “*ahora sólo vamos para comprar faso*”, relataron.

A mediados del año 2015 volvimos a contactarnos con *Cristo*, había cambiado mucho, parecía otra persona, ya no era el tímido joven que habíamos conocido, hablaba sin parar de manera acelerada e irascible. Tenía *broncas* con varios grupos de jóvenes del barrio, inclusive con quienes antes eran sus amigos. Estaba todo el día *enferrado* [portando un arma de fuego] y había participado en varios tiroteos contra otros grupos de jóvenes del barrio. Meses después *Cristo* fue herido por otros jóvenes y, luego de estar unas semanas internado, falleció.

En uno de esos encuentros previos a su muerte, *Cristo* nos presentó a su hermano mayor que había salido de estar preso, *Hernán*. *Cristo* ya no tenía la tranquilidad que lo caracterizaba, estaba muy alterado. Contó que ya no *paraba* en la esquina, “*tengo que estar siempre adentro de mi casa, ahora no puedo estar ni en la vereda, porque tengo broncas con todos los grupos del barrio*”, mencionó. Mostró la pared de su casa llena de agujeros por las balas y nos contó que esa semana se había *tiroteado* [intercambiado disparos de armas de fuego] con dos jóvenes que antes eran amigos. “*Mirá cómo tengo que andar*”, dijo, mientras se levantaba la remera y mostraba una pistola que tenía en la cintura.

Volvimos a contactarnos con otros jóvenes de *Los Topos*, tampoco *paraban* ya en la esquina que solían hacerlo. Una tarde los vimos reunidos en una esquina cercana y nos acercamos a saludarlos. Entre ellos estaba *Robert*, quien sólo compartía la esquina con *Los Topos* pero que no participaba ni de *robos* ni de los *tiros*, solía hacer trabajos de pintura, pero estaba desempleado en ese momento. *Robert* estaba con un *faso* [cigarrillo de marihuana] entre sus dedos y se lo pasó a unos de los jóvenes que nosotras no conocíamos. El joven con timidez por nuestra presencia no aceptó. *Robert* se rió e intervino “*está todo bien, ella me conoce*”. Entonces el joven aceptó el *faso* y se puso a fumar delante de nosotras¹².

Robert se mudó de *La Retirada* tiempo después de la muerte de *El Viejo*, pero siempre vuelve al barrio porque tiene a todos los amigos ahí. Le pregunté, entonces, por el resto de los jóvenes de *Los Topos* e inmediatamente preguntó si sabía de la muerte de *El Viejo*, le dije que sí, que los había visto a los *piques* después de lo que pasó. *Robert* contó que ya no era lo mismo, que algunos “*habían perdido el honor*” y que ya no se juntaban todos como antes. Cuando le pregunté porque habían perdido el honor, dijo “*porque agarraron otro camino*”, dando a entender que estaban vendiendo *drogas*. “*Se les dobló el caño* [arma de fuego], *dejaron de ser chorros* [ladrones] *para ser narcos*”, sentenció. El resto de los jóvenes presentes asintieron.

Se le *dobló el caño, perdió el honor* valoraciones de las actividades ligadas al mercado de drogas ilegalizadas

La venta de drogas es una actividad que es presentada por muchos actores sociales—periodistas, expertos, policías, funcionarios políticos, referentes sociales, jóvenes y adultos de *La Retirada*—, como más redituable y no sólo en términos económicos. Muchos residentes del barrio—adultos y jóvenes—reconocían que participar en este mercado resultaba una actividad más redituable; es decir, mayor margen de ganancia—en relación con otras actividades ilegales como el *robo* o de los trabajos legales (formales e informales) disponibles o posibles—, que les permite acceder al consumo de bienes suntuosos y deseados: autos de alta gama, por ejemplo; sino también en relación a ser conocidos y tener *poder*, relacionado con la disponibilidad de más y mejores armas de

¹² En numerosas ocasiones los jóvenes fumaron *marihuana* delante de nosotras; sin embargo, nunca consumieron *cocaína* en nuestra presencia, a pesar de que muchos de ellos lo hacían.

fuego y armamento, con *tener cabida*¹³ con los contactos adecuados, por ejemplo, contar con prestigiosos abogados y/o con *protección policial*.

En este sentido, en una entrevista con Tattú, un joven de unos treinta años de edad, referente barrial que había dejado atrás su pasado de *ladrón* y estaba intentando armar un taller de capacitación para jóvenes del barrio, reconoció algunas de las ventajas que le significaba a los jóvenes estar ligados a los *narvos*; sin dejar de mencionar, al mismo tiempo, cómo para él constituían un problema y una fuente de preocupación. “Hoy en día se hace más poderoso el pibe que agarra un arma cuando el traficante lo avala, cuando están respaldados por el traficante” detalló preocupado. Al preguntarle que quería decir con tener el aval o el respaldo del *narco*, contestó “*es así, si el pibito cae preso [es detenido por la policía] el traficante le paga un abogado y lo saca o va y arregla con la policía, al traficante le sirve que el pibe tenga esas facilidades, si el traficante le da un arma, le da una bolsa [de cocaína], lo va a usar, y le compra zapatillas, le da de comer, ¿a quién va a seguir el pibe?, ¿soldado de quién va a ser?*”. En otra de nuestras conversaciones mencionó de manera similar por qué para los jóvenes el *rubro narco* resultaba una actividad más redituable,

“Los jóvenes corren mucho riesgo hoy en día porque el narcotráfico se fue haciendo mucho camino, se le fueron abriendo más los caminos al narcotráfico y el narcotráfico es un canal donde acceden a muchas cosas. Si un traficante tiene facilidad para traficar droga, entonces, tiene facilidad para traficar armas, entonces llegan más armas a los barrios, más armas a los pibes, corrompe más el traficante porque llega no sólo a enriquecerse sino a corromper todo un barrio, corrompe juventudes, porque agarra los pibes cómo yo que luchan por un cartel, que luchan por ser alguien, ¿qué pasa si el traficante le ofrece armas, le ofrece chalecos [antibalas], le ofrece droga fácil? para el pibe ese es el camino más rápido. Los Montero se aprovechan de los pibitos, les dan merca y plata y así los enganchan para que laburen para ellos. Enseguida los pibes tenían fierros, droga, plata, moto, auto, todo de un día para el otro. Hoy creo que tenemos más soldados que choros acá en la calle, porque el traficante ha tomado mucho terreno. También por el tema de la necesidad, porque si hoy vos salís a robar, corres peligro, tenés que ir a poner el pecho y vos sabes que está jodido hoy en día por la cantidad de policías que hay; y sí es más fácil cuidar un kiosquito y te pagan. Hoy en día puede estar ganando hasta cinco mil pesos por semana.

Yo tenía un pibe en el taller que estaba atendiendo un kiosco, le daban cinco mil pesos por quincena, yo lo estaba animando para que él se fabrique un carro para que cambie, para que salgue a cirujear, para que se gane su moneda, su changa cortando el pasto. El traficante vino y le ofreció cinco mil pesos cuando yo fui a hablar me dijo «¿y viste que es plata? y yo necesito», se me fue de las manos.

Muchos optan por eso, hay algunos que cuidan búnker, hay otros que venden [droga], también hay lugares que le pagan para que le armen la bolsita [de cocaína] y ganan buena plata. Hay muchos pibes que se están vendiendo hoy en día, antes no se vendía fácilmente el pibe que andaba en la calle se relacionara con el traficante, porque tenía problemas con

¹³ Expresión utilizada por los jóvenes para mencionar el mayor de poder que otorga cierta posición en las redes relaciones de este espacio social.

todos después, por eso te digo han cambiado mucho los códigos, el cartel de soldado era lo peor que vos podías tener en la calle, porque te iba mal en la calle y te iba mal en la cárcel”.

De algún modo, participar como *soldadito* pareciera resultar más redituable en diversos sentidos. Así, “el narcotráfico es un canal por el que se accede a muchas cosas”, señaló *Tattú*. En este sentido, el aval o el respaldo del *narco* no sólo permiten acceder a buenos abogados y arreglos favorables con la policía, conseguir mejores condiciones de detención, en caso de ser detenido; también, es un canal para proveerse de armas fuego y *drogas*, entre otras cosas. Presenta ventajas económicas en relación a las opciones laborales legales—formales o informales posibles. Resultaba al mismo tiempo menos riesgoso que *salir a robar*, por ejemplo.

Sin embargo, no siempre redundará en respeto y prestigio; es decir, coexistían otras apreciaciones y valoraciones sobre la participación de los jóvenes en este novedoso rubro. En este sentido, presencié en muchas ocasiones cómo la participación en estas actividades era fuertemente censurada y desaprobada por adultos del barrio, pero también por los propios jóvenes. La censura de la actividad surgió claramente en las transformaciones que se produjeron en *Los Topos*, luego de la muerte del *El Viejo* y, especialmente, cuando *Cristo* empezó a vender droga con su hermano *Hernán*, en su casa.

Los Topos dejaron de juntarse en esa esquina—solo iban a comprar marihuana o cocaína a la casa de su amigo, lugar donde antes pasaban largas horas—; además, se distanciaron y se diferenciaron de *Cristo*. Según sus amigos, el joven había perdido el *honor*, porque realizaba una actividad censurada y eso generaba más bien desprestigio, vergüenza y distanciamiento. Pero, también, porque existían riesgos y peligros, porque podían resultar heridos como consecuencia de los problemas de *Cristo* o por permanecer con él en la esquina.

A pesar de las ventajas, sólo algunos pocos jóvenes que conocí participaban de algunas de las actividades ligadas al mercado de drogas ilegalizadas; aún en un contexto como el que describí en el que este *rubro* creció y se extendió significativamente. Identifiqué una fuerte carga valorativa negativa o cierta sanción moral socialmente extendida ligada al “mundo de las drogas” imbuida del modelo prohibicionista imperante. Es decir, estas prácticas aparecieron toleradas y/o permitidas por algunos y, al mismo tiempo, fuertemente censuradas y/o rechazadas por otros. Esa valoración negativa, en parte, apareció relacionada a que las actividades ligadas a este mercado, no permiten demostrar coraje y valentía, ambas dimensiones importantes del honor masculino.

Así convivían—de manera contradictoria y conflictiva—diversas valoraciones y evaluaciones morales sobre estas prácticas. Al mismo tiempo que aparecían valoradas positivamente, persistían fuertemente las censuras y desaprobaciones por adultos del barrio, pero también por los propios jóvenes. La valoración negativa incluía especialmente a la *venta de drogas* en el barrio. Por otra parte, el rechazo o la censura a ese mercado se vinculó a los daños que se supone puede producir el consumo de drogas, con la idea que “el traficante arruina a los pibes”.

Esta valoración negativa vinculada al consumo de drogas era compartida por varios residentes de *La Retirada*, mencionada cómo “envenenan a nuestros jóvenes”, no muy alejada de esa valoración hegemónica sobre *las drogas*. Esto a pesar de que muchas de las personas del *ambiente* y demás residentes—jóvenes y adultos—de *La Retirada* consumen o consumieron *drogas*—especialmente *maribuana*, *pastillas*¹⁴ y *cocaína*. Es decir, la censura incluía especialmente la venta de las sustancias prohibidas, censura que no siempre pareciera alcanzar al consumo de las mismas que aparecía más menos aceptado (al menos el consumo de *maribuana*; en cambio, el de *cocaína* permanecía en ámbitos más privados). Recordemos que a *Robert* no le daba vergüenza consumir marihuana en nuestra presencia, pero a pesar de consumir cocaína nunca lo hizo delante de nosotras, ni en la esquina donde paraban.

La censura o rechazo a las actividades ligadas al *mercado de drogas ilegalizadas* surgieron, además, entre bromas o peleas iluminando aún más ese universo de sentido, de algún modo compartido; es decir, a veces, entre bromas y/o peleas los jóvenes utilizaban el término *narco/transero/traficante* o *soldadito de narco* como insulto. Durante el año 2011 estábamos en un taller de capacitación con jóvenes de *Los Topos*, en un recreo de la actividad nos quedamos un rato en la vereda y paso un joven en una moto con una joven. Uno de los jóvenes del taller les gritó “*eh transero*” y todos rieron. El joven de la moto, se dio vuelta para mirar y gritó “*eh gil, ¿qué te pasa?*” y se fue. Al rato volvió el mismo joven en moto ahora sólo, se bajó y buscó a unos de los chicos del taller, lo increpó y le pidió explicaciones de por qué le había dicho *transero*. Tuvo que intervenir el referente social a cargo del lugar “*¿qué pasa acá?, no vengas a buscar bronca a los pibes*” ordenó, siguieron discutiendo un poco más hasta que el joven se volvió a subir a su moto y se fue.

Ahora bien, pareciera que las alternativas de ingreso vinculadas a prácticas delictivas resultan, de algún modo, atractivas o más redituables en relación a las características de las opciones laborales legales—formales e informales—disponibles y/o posibles para los jóvenes de sectores populares. Si bien estos jóvenes empezaron a participar en estas actividades en un contexto de activación económica y de recuperación del empleo, en general (Kessler, 2013)—y con muchas dificultades¹⁵—accedían a empleos en las tareas menos calificadas en el área de servicios, especialmente vinculado al rubro gastronómico—en sus escasas y fluctuantes experiencias laborales se desempeñaron como *bacheros* [lava copas], repositores, mozos, cocineros, ayudante de cocina, repartidores—o en la industria de la construcción—como ayudantes de albañil, pintores, herreros.

Los Topos, y a pesar de que muchos de ellos trabajaban, sobre todo los más grandes del grupo, caracterizaron sus experiencias laborales como humillantes y de explotación, más que como fuente de prestigio y placer, “*te tienen de esclavo*”, se quejaron una y otra vez. “*Nosotros estamos en la esquina porque queremos*”, dijeron los más chicos del grupo, cuando les pregunté si trabajaban.

¹⁴ Con *pastillas* refieren a medicamentos psicotrópicos, suelen consumirse mezclado con bebidas alcohólicas y la mayoría de las veces son adquiridos sin las respectivas recetas médicas obligatorias.

¹⁵ Los jóvenes mencionaron en varias oportunidades las dificultades con las que se encontraban a la hora de buscar empleo por residir en *La Retirada*.

Estos relatos fueron frecuentes entre los jóvenes; de algún modo, muchas de las opciones laborales legales disponibles o posibles resultan poco atractivas, mal remuneradas—muchas veces—aburridas y fuertemente opresivas, “*no te dan trabajo o si te dan te tratan como si fueras un esclavo*”, mencionaron una y otra vez. En términos de *Fonseca* esta experiencia, en poco colaboraba a ennoblecer la propia imagen en la escala social de prestigio. Sin embargo, la mayoría de ellos alternaba entre distintos trabajos (legales), y ser *trabajador* seguía siendo productivo en términos de prestigio social, en determinados contextos y situaciones.

De similar modo, en varias oportunidades algunos jóvenes que habían participado en la venta de drogas ilegalizadas caracterizaron a la participación en este mercado, más bien como una experiencia de humillación y explotación, muy cercanas a las experiencias en el mercado de trabajo legal—formal e informal—que mencioné. En este sentido, en algunos relatos estas “nuevas” opciones disponibles, aparecen como sumamente opresivas, peligrosas y más bien como fuentes de privación de status. Una división del trabajo más compleja y sofisticada al interior del mercado de drogas ilegalizadas generó variados puestos y roles, relacionados a diversos eslabones de esa cadena, con diversa participación en las ganancias del negocio. Puestos y roles que se tradujeron y/o impactaron en (nuevas) jerarquías—en relación a los distintos segmentos de este mercado—que ubican a las personas en distintos niveles de poder, prestigio social y participación en la ganancia del negocio.

Diversos estudios en la región han revelado la participación subordinada de jóvenes de sectores populares en el mercado de drogas (Marcus Day, 2014; de Oliveira, 2008; Zamudio, 2013; Misse, 2007; Bourgois, 2003); es decir, alternativas vinculadas a la comercialización de drogas ilegales, atractivas, redituables no sólo en términos económicos sino también de prestigio social no resultan disponibles para todos (Ruggiero, 2005; Zaitch, 2008). Ruggiero señala sobre los paralelismos entre los mercados legales e ilegales, al mencionar que ambos tienen características similares, en términos de opresión y explotación. El autor sostiene “...uno de los problemas de las economías ilegales es que en demasiados aspectos son, tristemente, similares a las legales” (Ruggiero, 2005: 63).

Para muchos jóvenes aparecen fuertes dificultades para lograr una autoimagen deseable, atractiva y con reconocimiento social a partir de las instituciones convencionales, especialmente el trabajo legal—formal e informal—; pero, también a partir de algunas actividades delictivas, como la participación subordinada en la venta de drogas ilegalizadas. Esos materiales para construir un nombre, una buena reputación, que les permita contar con honor y prestigio social se encuentran difícilmente accesibles o resultan poco atractivos, siendo la más de las veces experiencias de humillación, sometimiento y explotación. Aparecen, entonces, otras actividades que funcionan como mecanismos grupales, creativos y significativos, para generar alternativas accesibles y posibles para la construcción de reconocimiento, respeto y status de quienes se encuentran excluidos. Entre ellas, participar en una tradicional actividad delictiva, me refiero a los *robos*.

El *robo* no había perdido sus encantos. Los jóvenes describían detalladamente *los robos* en los que habían participado y, a diferencia de la participación en los eslabones más débiles de la cadena del *mercado de drogas ilegalizadas*, esos relatos estaban cargados de adrenalina y excitación. En los eslabones más bajos del mercado de drogas ilegalizadas, en los cuales subordinación es mayor, puede pensarse más bien como una particular relación entre *jefes y empleados*, en un contexto de trabajo, experiencia cercana al mundo del trabajo legal, que en nada colabora para ennoblecer la propia imagen; en cambio, *el robo*, sigue siendo preferido entre los jóvenes frente al del *soldadito*, en tanto actividad autónoma, sin patrón, sin subordinación.

Fonseca presenta una productiva clave de lectura, la autora señalada que ser asalariado equivale a trabajar duro, ser mandado por un jefe, frecuentemente más joven y menos experimentado, casi siempre perteneciente a una clase social superior, vivir de ocho a diez horas por día en la evocación constante de su inferioridad en nada contribuye para enaltecer la propia imagen. Advierte que los moradores son perfectamente conscientes de que pueden aspirar solamente a esos trabajos manuales más bajos, en la escala convencional de prestigio. Frente a esto la respuesta colectiva es de denigrar los empleos denigradores y valorizar cualquier trabajo sin patrón. Prefieren ser trabajador autónomo, “si es para ser esclavo, mejor ser esclavo en casa” (Fonseca, 2001: 20). Algunos jóvenes, en similar sentido, por momentos, rechazan tanto las posibilidades legales—formales e informales—como ilegales de trabajo, rechazan ser *esclavos* de otros, y valorizan *el andar sin patrón*.

Observaciones Finales

En este artículo describí y analicé algunas prácticas, representaciones y valoraciones ligadas a la participación de jóvenes en algunos *delitos*, en la ciudad de Rosario. Para ello describí la participación en *robos* y en actividades ligadas al *mercado de drogas ilegalizadas*, por parte de un grupo de jóvenes de un barrio popular de dicha ciudad. Me interesó, especialmente, indagar cómo son valoradas por sus protagonistas, tanto la participación en una y otra actividad, para poder iluminar un complejo y contradictorio universo de creencias, códigos y valores morales que de alguna manera configura prácticas y acciones.

En estos procesos, ciertas formas de obtención de prestigio social y búsquedas de reconocimiento, negados o difícilmente accesibles en otros ámbitos sociales, tienen particulares implicancias (Fonseca, 2000; Pitt-Rivers, 1977; Bourgois, 2003), a partir de las cuales se establecen formas de “ser” y “hacer”, valoradas positivamente—legitimadas—o negativamente por quienes pertenecen al grupo. Estas prácticas son entendidas, además, como formas de “resistencias”, “soluciones”, “aceptaciones” y/o “confrontaciones” a contextos de desigualdad y exclusión social, en los que sufren experiencias de humillación, de explotación económica y opresión política (Fonseca, 2000; Bourgois, 2003; Young, 1999/2003; Kessler, 2013; Cozzi, 2015).

La participación en el *rubro narco* es presentada por muchos actores sociales—periodistas, expertos, policías, funcionarios políticos, referentes sociales, incluso personas del *ambiente*, en otros—como más redituable no sólo en términos económicos; es decir, mayor margen de ganancia—en relación con otras actividades ilegales como el

robo o de las opciones laborales legales—formales o informales—disponibles y/o posibles—, que les permite acceder al consumo de bienes suntuosos y deseados; sino también en relación a ser conocidos y tener *poder*, relacionado con la disponibilidad de más y mejores armas de fuego y armamento, con *tener cabida* con los contactos adecuados, por ejemplo, contar con prestigiosos abogados y/o con *protección policial*. Sin embargo, no siempre redundará en respeto y prestigio al interior del *ambiente*.

La participación en estas actividades era fuertemente censurada y desaprobada por varios jóvenes y adultos, nutridas de cierta sanción moral socialmente extendida ligada al “mundo de las drogas” imbuida del modelo prohibicionista imperante. De alguna manera, conviven—de manera contradictoria y conflictiva—diversas valoraciones y evaluaciones morales sobre las prácticas ligadas a este mercado. Al mismo tiempo que aparecían valoradas positivamente, persistían fuertemente las censuras y desaprobaciones por adultos del barrio, pero también por los propios jóvenes. La valoración negativa incluía, especialmente, a la *venta de drogas* en el barrio.

Además, en varias oportunidades algunos jóvenes caracterizaron a su participación en este mercado como experiencias de humillación y explotación, muy cercanas a las experiencias en el mercado de trabajo legal—formal e informal. De este modo, los puestos que están en la cima de la escala social de prestigio al interior del *rubro* narco—que permite tener poder, respaldo, mayores ganancias—no resultan fácilmente accesibles para todos los jóvenes. Diversos estudios en la región han revelado la participación subordinada de jóvenes de sectores populares en el mercado de drogas ilegalizadas (Marcus Day, 2014; de Oliveira, 2008; Zamudio, 2013; Misse, 2007; Bourgois, 2003); es decir, alternativas vinculadas a la comercialización de drogas ilegales, atractivas, redituables no sólo en términos económicos sino también de prestigio social no resultan disponibles y posibles para todos (Ruggiero, 2005; Zaitch, 2008).

Muchos jóvenes pertenecientes a los sectores populares experimentan fuertes dificultades para lograr una autoimagen deseable, atractiva y con reconocimiento social a partir de las instituciones convencionales, especialmente el trabajo; pero, también a partir de algunas actividades delictivas, como la venta de *drogas*. Esos materiales para construir un nombre, una buena reputación, que les permita contar con honor y prestigio social se encuentran difícilmente accesibles y/o resultan poco atractivos, siendo la más de las veces experiencias de humillación, sometimiento y explotación, que en nada colabora para ennoblecer la propia imagen (Fonseca, 2000). Aparecen, entonces, otras actividades que funcionan como mecanismos grupales, creativos y significativos, para generar alternativas accesibles y posibles para la construcción de reconocimiento, respeto y status de quienes se encuentran excluidos. Entre ellas, participar en *robos*.

El *robo*, una de las tradicionales actividades delictivas no había perdido sus encantos. Los jóvenes describían detalladamente *los robos* en los que habían participado y, a diferencia de la participación en los eslabones más débiles de la cadena del *mercado de drogas ilegalizadas*, esos relatos estaban cargados de adrenalina y excitación. De algún modo, el ser *ladrón* seguía siendo preferido entre los jóvenes frente al del *soldadito*, en tanto, actividad autónoma, sin patrón, sin subordinación. Algunos jóvenes, por

momentos, rechazan tanto las posibilidades legales—formales e informales—como ilegales de trabajo, y valorizan *el andar sin patrón* (Fonseca, 2000).

Bibliografía:

Balbi, F.: *De leales, desleales y traidores: valor moral y concepción de política en el peronismo*, Antropofagia: Buenos Aires, 2007.

Becker, H.: *Outsiders: Hacia una sociología de la desviación*, Siglo XXI: Buenos Aires, 2009 [1971].

Bergman, M.: *Drogas, narcotráfico y poder en América Latina*, FCE: Buenos Aires, 2016.

Billis, P.: *Aprendiendo a trabajar: cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*, Ediciones Akal: Madrid, 2008 [1978].

Bourgois, P.: *En busca del respeto. Vendiendo crack en Harlem*, Siglo XXI: Buenos Aires, 2010 [2003].

Burzaco, E. y Berensztein, S.: *El poder narco. Drogas, inseguridad y violencia en la Argentina*, Sudamericana: Buenos Aires, 2014.

Calabrese, A.: *Prevención del consumo problemático de drogas desde el lugar del adulto en la comunidad educativa*, Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación, 2010.

Corbelle, F.: *La construcción del consumidor de drogas en el proceso judicial*, UBA: Buenos Aires, 2010.

Cozzi, E.: *De clanes, juntas y broncas. Primeras aproximaciones a una explicación plenamente social de la violencia altamente lesiva y su control, entre grupos de jóvenes de sectores populares, en dos barrios de la ciudad de Santa Fe*, Santa Fe, Tesis de Maestría, mimeo, 2013.

Cozzi, E.: “De juntas, clanes y broncas: Regulaciones de la violencia altamente lesiva entre jóvenes de sectores populares en dos barrios de la ciudad de Santa Fe”, *Delito y Sociedad* N° 39, Año 24, 2015, Santa Fe.

Cozzi, E.: *De ladrones a narcos: delitos, violencias y búsquedas de reconocimiento en tres generaciones de jóvenes en un barrio popular de la ciudad de Rosario*, Buenos Aires, Tesis de Doctorado, mimeo, 2018.

Dammert, L.: “Drogas e inseguridad en América Latina: una relación compleja”, *Nueva sociedad*, 2009, vol. 222, 112-131.

Day, M.: “Haciendo una montaña de un grano de arena: mitos sobre jóvenes y delincuencia en Santa Lucía”, *TNI, Serie Mercados de drogas y violencia* N° 3, 2014.

De Oliveira, P. P.: “Sobre a adesão juvenil às redes de criminalidade em favelas”, en: Machado Da Silva (org.): *Vida sob cerco: violência e rotinas nas favelas do Rio de Janeiro*, Nova Fronteira Editora: Rio de Janeiro, 2008.

Epele, M.: “Etnografía, fragmentación social y drogas: hacia una política de las miradas”, en: *Etnografías Co* 26

Font, E., Ales, C. y Schillagi, C.: “Intervención multiagencial para el abordaje del delito en el ámbito local”, *Cuadernos de Seguridad* N° 7–8, publicación del Consejo de Seguridad Interior, Ministerio de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos, 2008.

Font, E.: “Economías delictivas, complicidad policial y connivencia judicial”, *Hoy la Universidad. Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, Año 3, N° 5, 2011.

Font, E., Broglia, F. y Cozzi, E.: “Avances en las Intervenciones de Inclusión Socio-cultural con jóvenes como mecanismos de prevención del delito y reducción de la violencia en dos ciudades de la provincia de Santa Fe”, *IV Seminario Internacional Políticas de la Memoria: “Ampliación del campo de los derechos humanos. Memoria y perspectivas”*, Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti. 29 y 30 de septiembre – 1 de octubre de 2011, Buenos Aires.

Kessler, G.: “Ilegalismos en tres tiempos”, en: Castel, R., Kessler G., Merklen, D. y Murrard, N.: *Individuación, precariedad, inseguridad: ¿desinstitucionalización del presente?*, Paidós: Buenos Aires, 2013.

Kessler, G.: *Controversias de la desigualdad: Argentina 2003/2013*, FCE: Buenos Aires, 2014.

Lasa, M. A.: *Narco Made in Argentina, Bastion Digital*, 2015.

Maceratini, E.: “Buenas prácticas de intervención integral en asentamientos

- informales”, *Bitácora Urbano Territorial*, 2013, vol. 2, N° 23.
- Matza, D.: *El proceso de desviación*, Taurus: Barcelona, 1981 [1969].
- Matza, D. y Sykes, G.: (1957) “Técnicas de neutralización: una teoría de la delincuencia”, *Delito y Sociedad*, N° 20, Año 13, UNL, Santa Fe, 2004 [1957].
- Matza, D. y Sykes, G.: “Delincuencia juvenil y valores subterráneos”, *Delito y Sociedad*, N°38 Año 23, UNL, Santa Fe, 2014 [1961].
- Matza, D.: *Delincuencia y deriva: cómo y por qué algunos jóvenes llegan a quebrantar la ley*, Siglo XXI: Buenos Aires, 2014 [1990].
- Misse, M.: “Mercados ilegais, redes de proteção e organização local do crime no Rio de Janeiro”, *Estudos Avancados*, (21), 61, 2007, 139-157.
- Oszlak, O.: “Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano”, Buenos Aires, HVMANITAS – CEDES, 1991.
- Pitt-Rivers, J.: *Antropología del honor o política de los sexos: la influencia del honor y el sexo en la vida de los pueblos mediterráneos*, Grijalbo: Barcelona, 1979 [1977].
- Rangugni, V.: “El paco bajo la lupa, el mercado de la pasta base de cocaína en el cono sur”, *Transnational Institute (TNI)*, 2006.
- Rossi, A.: “Narcotráfico y seguridad en América Latina”, *Revista de la Bolsa de Comercio de Rosario*, 2014.
- Ruggiero V.: *Delitos de los débiles y de los poderosos: ejercicios de antirriminología*, Ad-Hoc: Buenos Aires, 2005 [1999].
- Sain, M.: *La regulación del narcotráfico en la provincia de Buenos Aires*, Universidad Metropolitana para la Educación y el Trabajo (UMET), 2015.
- Tiscornia, S.: *El activismo de los derechos humanos y burocracias estatales. El caso Walter Bulacio*, Editores del Puerto/CELS-Colección Antropología Jurídica y Derechos Humanos: Buenos Aires, 2008.
- Touzé, G.: *Saberes y prácticas sobre drogas. El caso de la pasta base de cocaína*, Intercambios ONG: Buenos Aires, 2008.
- Touzé, G.: “Argentina: ¿la reforma que viene?”, *Transnational Institute y Washington Office on Latin America*. Serie reforma legislativa en materia de drogas, N° 6, 2010.
- Young, J.: *La sociedad excluyente. Exclusión, delito y diferencia en la Modernidad Tardía*, Marcial Pons: Madrid, 2003 [1999].
- Young, J.: “Merton con energía, Katz con estructura. La sociología del revanchismo y la criminología de la transgresión”, *Delito y Sociedad*, Año 17, N° 25, 2008 [2003].
- Zaitch, D.: “Reducción de daños, seguridad y tráfico de drogas ilícitas”, *Cuadernos de Seguridad* N° 2, Ministerio de Seguridad-Presidencia de la Nación, Buenos Aires, 2009.
- Zaluar, A.: *A máquina e a revolta: as organizações populares e o significado da pobreza*, Editora brasiliense: São Paulo, 1994 [1985].
- Zamudio Angles, C.: “Jóvenes en el narcomenudeo: el caso Ciudad de México”, *Revista Latinoamericana de Seguridad Ciudadana* (13), 2013, 111-123.